I Domingo de Adviento

Is 63, 16b-17.19b;64, 2b-7 **Sal** 80(79), 2ac y 3b.16-16.18-19 **1Cor** 1, 3-9
Marcos 13, 33-37

Invocación al Espíritu Santo

Oh Espíritu Santo, Amor del Padre, y del Hijo, Inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer, para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia Santificación. Espíritu Santo, dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar. Dame acierto al empezar dirección al progresar y perfección al acabar. Amén.

Lectura: ¿Qué dice el texto?

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Esten atentos y vigilen: pues no saben cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velen entonces, pues no saben cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y los encuentre dormidos. Lo que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Velen!"

Palabra del Señor.

Meditación: ¿Qué me dice el Señor?

¡Velen! El Año Litúrgico comienza con esta exigencia del evangelio: velen, permanezcan despiertos, pues no se sabe cuándo vendrá el Señor. Navidad es una fecha fija, pero no lo es la venida del Señor a nuestra vida y a nuestra muerte, a la vida y al final de la Iglesia. Tenemos «plenos poderes» sobre los bienes que Dios ha puesto sobre la tierra, a cada uno se le ha encomendado su tarea. Al portero, que debe estar pendiente de la venida del dueño y además debe velar para que los criados de la casa no abandonen su trabajo en este portero se puede ver tanto la imagen de la Iglesia como la de cada cristiano, se le ha encomendado la tarea especial de la vigilancia. Mediante este personaje se interpela en realidad a todos los cristianos: «Lo digo a todos: ¡Velen!». La tarea que se nos ha encomendado debe llevarse a cabo; pero no se trata de nuestros propios bienes, sino de los bienes del Señor. Hagamos lo que hagamos, ya estemos realizando un trabajo espiritual o un trabajo temporal, no

trabajamos para nosotros mismos, sino para él: no construimos nuestro reino, sino su reino. (Hans Urs Von Balthasar)[1]

Oración: ¿Qué le digo al Señor?

Esperaré por ti, esperaré contigo. Atento y expectante paciente y caminante. Esperaré por ti, esperaré contigo. Abierto a las sorpresas, confiado en tus promesas. Esperaré por ti, esperaré contigo. Camino hacia Belén a dónde tú me dices ¡ven! Esperaré por ti, esperaré contigo. Con María por compañera, nuestra dulce consejera. Esperaré por ti, esperaré contigo. En el silencio de José aprendiendo de su fe. Esperaré por ti, esperaré contigo. Porque el amor espera, y sabe dar la vida entera. Esperaré por ti, esperaré contigo. Ven y no tardes tanto, mira que me agobia el cansancio. Ven, tú, nuestro consolador y ayúdanos a vivir en tu amor. Y así, abrazando nuestra cruz, ¡Caminaremos juntos a tu luz! (Genaro Ávila-Valencia, sj)[2]

Contemplación: ¿Cómo interiorizo el mensaje?

Para el momento de la contemplación podemos repetir varias veces, hasta interiorizar, el siguiente versículo del Salmo 80(79):

Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos.

Acción: ¿A qué me comprometo?

Que el compromiso de esta semana brote de tu corazón después de orar y meditar con la Palabra de Dios.

“¡Velen!”

[1] Hans Urs Von Balthasar. (1994). Luz de la Palabra: Comentario a las lecturas dominicales. Encuentro Ediciones.
[2] Tomado de la página web: https://pastoralsj.org/tema-oracion/adviento/